

Caperucita va al fondo del abismo

Ejemplo de una matrioshka que combina los tres tipos de puesta en abismo:

Historia o diégesis de primer grado: (Acción externa, narrador heterodiegético en 3ª persona)

La mujer presiona las teclas de la MacBook, se desespera, no logra encontrar las comillas para marcar una cita. La máquina es nueva para ella, su hijo menor compró una más moderna, le preguntó a su madre si la quería, por supuesto que aceptó. Qué bueno –piensa al encontrar el tan anhelado signo–, ser heredera de estas maravillas que mis hijos ya consideran obsoletas, ahora puedo trabajar en el calorcito del antecomedor. Le gusta su vida, se gusta ella misma, independiente, así sin tener que justificarse, sin dar explicaciones. Sin embargo, a ratos se hace presente la soledad, sobre todo cuando tiene razones para llorar o para celebrar. Sus hijos viven fuera de la ciudad y sus escasas visitas la dejan siempre con un vacío que intenta llenar con palabras. Y para colmo, el último hombre que había rondado en su vida la había dejado con un tan mal sabor de boca que no quiere ni recordar.

A ver, ¿qué decía La doctora Beristáin de la narración en abismo?, chin, tengo que cambiar el tamaño de letra y de interlineado, ah además hay que correr la cita:

...Hay tres tipos de “mise en abîme”: 1) De lo enunciado: el relato dentro del relato...*

Una perra se le acerca, le pone una pata sobre la pierna, exigiendo atención. Es su Simone de Beauvoir, una mestiza de labrador y schnausser gigante de color negro, su única compañía constante y, como diría Saramago, la perra que lame sus lágrimas. La acaricia distraída y le dice:

–Ahorita no, Simona, estoy trabajando.

La perra parece entender y se va, pero son sólo algunos segundos, vuelve con un hot dog de vinil y lo deposita sobre el tablero de la computadora. La mujer lanza el juguete sobre su cabeza. La perra corre tras el proyectil, lo pesca al aire y regresa orgullosa.

–Ya, negra, estoy escribiendo, déjame.

Gracias a Simone se le ocurrió usar el ejemplo de Caperucita roja, porque posee una estructura ideal perfecta para explicar las categorías estructuralistas de Genette de la manera menos solemne, más cercana a sus alumnos, porque además, se trata de un lugar común.

–Ya ves negra, tú me diste la idea –dice rascándole distraídamente la testuz a su perra. Simone llegó siendo apenas una cachorra de mes y medio, la acababan de destetar, medía apenas dos cuartas. La primera noche despertó a la escritora intentando mamarle la nariz. Eso fue hace nueve años, Simone creció hasta alcanzar una longitud de casi un metro. Es mansa y dulce, pero la mujer ha notado que su estampa intimida a la gente. Eso le gusta, la hace sentirse protegida.

(Acción interna, va generando la necesidad del relato, historia o diégesis de 2º grado)

El reto ha consistido en darle otras voces y otras perspectivas a personajes que de tan añejos, son ya habitantes incuestionables del mundo infantil, aún cuando uno de ellos sea un lobo que hable con una niña y pueda vestirse con el camisón de la abuela a quien se acaba de tragar de un solo bocado y que la facultad del habla se le desaparezca ante los adultos –piensa la mujer, instalada de nuevo frente a la pantalla de la computadora, la perra la ha seguido y se acomoda de nuevo a su lado. Aunque la madre haya expuesto a su hija, quizá la única hija (el cuento no menciona hermanos o hermanas), al peligro de manera consciente, y por si fuera poco, que sobre la niña hubiese pendido además la culpa por la desaparición de la abuela, y que esta última hubiese sobrevivido intacta después de ser tragada de un solo bocado por un cazador carnívoro ataviado por la naturaleza con largos y afilados colmillos.

(Vuelve a acción externa)

–A ver negra, enséñame tus colmillos –al decir esto, toma la cabeza de su perra y le retira los belfos, toca los caninos del animal, calcula que deben medir alrededor de una pulgada– pos sí, estás colmilluda y eso que eres una perrilla doméstica, ¿tú me podrías tragar de un sólo bocado? –y acto seguido intenta introducir su puño cerrado en el hocico de la enorme perra; obviamente, la mano no cabe más allá de los nudillos, y casi en seguida, la perra comienza a hacer ruidos de asfixia.

—¿Y si la conducta de la madre se justificara porque acaba de parir? Estaba en la cuarentena, tenía otros siete hijos, y claro, Caperucita era la mayor. ¿Y si la

historia se contara algún tiempo después, digamos, unos cuatro años; en segunda persona con perspectiva de conciencia? ¿Cómo ves, negriña? –la mujer respira lenta y pesadamente concentrada en lo que escribe.

(Introduce el relato en segundo grado y surge el narrador extradiegético en 3ª persona de la segunda historia. OJO: Se trata de una acción interna para la protagonista de la primera historia, puesto que la está escribiendo, la acción no sucede sino en su imaginación; sin embargo al plantear esta segunda historia o diégesis requiere de la acción externa para situar a la protagonista del relato en 2º grado.)

–Veamos la acción externa primero:

La madre de Caperucita se mueve desasosegada. Desde el episodio del lobo han venido sucediendo cosas que le han cambiado la vida. No sabe cómo tranquilizarse. Esa mañana muy temprano, lleva agua para las labores, como todos los días, pero está tan cansada que arrastra los pies, en el camino de regreso se tropieza, se le cae el balde de madera y se le vacía. Tiene que regresar al pozo, está más que alterada, con aquella sensación de peso debajo del pecho, no puede respirar bien, suda... Justo al recoger el cubo y recargarlo en el brocal, el sol –que va subiendo–, le da directamente en la cara y la obliga a bajar la vista, entonces observa su reflejo en la superficie del agua. Parece haber envejecido en los últimos meses, varias canas aparecen entre sus cabellos castaños, se ve a los ojos y nota que aquel tono añil del que se sentía tan orgullosa se ha tornado gris y tiene una expresión casi salvaje, sus párpados se han empequeñecido y alargado. Se mira y trata de borrar el reflejo. Toma con las manos un poco de agua y se moja la cara, se frota vigorosamente, se acomoda los cabellos y vuelve a mirarse. La imagen que le devuelve el espejo líquido es ligeramente más parecida a la que recuerda, pero algo ha cambiado definitivamente. Hace un ruido despectivo con la boca, suspira y vierte el contenido en el balde. Quiere olvidar lo que vio, pero no puede, la visión de la mujer en la que se ha convertido la persigue, le habla, la confronta y la hace recordar...

(Regreso a la historia o diégesis en 1º grado y a la acción externa de esta historia)

–Tú qué crees, negra. ¿Sí, verdad? –la mujer ha tomado un momento de su propia experiencia, a veces cuando se le hace tarde para sacar a la perra a pasear por las mañanas, el sol que ha comenzado a subir le da directamente en los ojos y la

deslumbra. –A ver, cómo le habla su conciencia... –Es evidente que la mujer se divierte mientras escribe:

(Continúa el relato o diégesis en 2º grado, ahora en acción interna con un narrador intradieético en 2ª persona gramatical con una analepsis a partir del recuerdo que explica el planteamiento de esa historia.)

“A veces te preguntas cómo se te ocurrió enviar a una niña de diez años sola, a través del bosque, sabiendo que un lobo rondaba, pero muchas madres lo hacían y nada había sucedido; te justificas diciendo que no podías haber hecho otra cosa. Acababas de parir y hubiese sido también un riesgo sacar a Oscarín recién nacido. Te recriminas pensando que podrías haberla mandado con Adriana, pero entonces, quién te iba a ayudar con Rosina, Héctor, Xhevdet, Armando y Mónica. Desde entonces has parido dos hijos más. Todavía eres fértil y no sabes si eso es una bendición o una forma de castigo divino que te ha condenado a ir desgranándote hasta secarte. Continúas con la letanía que de tan repetida pierde sentido: que si tú estabas agotada, que si no había sido un parto fácil, aunque sabes de sobra que ninguno lo es; que te había parecido que la niña ya era capaz de seguir el camino real sin perderse... Quizá tú la habías malcriado, además te inquietaba el estado de la abuela, había mandado decir con un pastor que estaba resfriada, cómo ibas a saber que ella quería estar a solas sin los niños corriéndole alrededor, sin los llantos del recién nacido a media madrugada. Te sentías en deuda con ella, te había asistido en el parto y te había ayudado unos días con sus nietos. Claro que estaba cansada. Si no la hubiera sorprendido la tormenta de camino a su casa habría vuelto al día siguiente. Recuerdas haber intentado convencerla de que se quedara, pero no quiso. La Caperuza dijo que podría ayudarte con los otros niños mientras la abuela regresaba, pero la anciana se resfrió y tú quisiste enviarle comida para que se restableciera pronto. Sigues convencida de que lo que le pedías a la niña no era tan difícil, después de todo su abuelita querida estaba enferma. Todo se hubiese evitado con que tu hija hubiera obedecido, pero no, esa niña se distraía con facilidad. Era rebelde a su manera, parecía aceptar órdenes de buen grado, sonreía y asentía de inmediato. Y en sentido estricto, no es que te desobedeciera, pero terminaba haciendo las cosas cómo y cuándo le venía en gana. Quisiste creer que por una vez la niña seguiría tus instrucciones al pie de la letra. Pensaste haberla asustado lo suficiente como para que cruzara la zona de peligro a la carrera. Pero no fue así. Cuando vinieron a avisar que el lobo las había atacado, sentiste un escalofrío de

muerte, pero fue peor cuando te dijeron que precisamente el cazador, de entre todos los hombres, las había rescatado. Imaginaste que después de eso tendrías que verlo de frente, tendrías que vivirle agradecida, a él, con todo y su mirada verde que reptaba por el polvo hasta tus pies, que trepaba por tus piernas y se te enredaba en la cintura como mecida entre tus senos. Cuando llegabas a topártelo en la aldea, su mirada te desnudaba y eso te parecía humillante. Se empeñaba en hacerte sentir ultrajada. Jamás te perdonaría el haberlo rechazado. Tenías varios pretendientes, pudiste elegir. Te casaste con el dueño de uno de los viñedos. Luego el cazador también contrajo nupcias, pero su mujer murió poco después del primer parto. El hombre dejó a su hijo en la casa de la hermana y se fue del pueblo, tiempo después regresó cargado de pieles que vendió en algunos días y volvió a irse. Se iba y volvía de tanto en tanto. Aunque siempre te inquietó esa violencia que adivinabas tras sus exhibiciones de fuerza. Lo habías visto medio matar a otro joven a golpes en una riña tonta, fueron necesarios más de tres aldeanos para separarlo del vencido. Algo te decía que era tan capaz de matar a un hombre como a los animales. Supiste de su retorno a la aldea cuando salvó a tu hija. Bien decían las ancianas: “ninguna historia se acaba hasta que se acaba...” y tenía que haber sido Caperuza, tu hija mayor, quien te ligara de nuevo a él. Recuerdas que lo primero que se te ocurrió fue pensar que si tu esposo se daba cuenta de cómo te observaba aquel hombre, se sentiría deshonrado y la tomaría en tu contra. Seguramente te golpearía, o algo peor, te rechazaría públicamente, ya nadie te respetaría y él quedaría como un cornudo... y la venganza del cazador contra ti se consumaría. Cuando las comadres del pueblo, siempre diligentes para ver la paja en ojo ajeno, se dieran cuenta y comenzaran a hablar de ti y a inventar cosas, la vida sería imposible... Esa Caperuza desobediente... Recuerdas tu enojo, la cantidad de cosas que le dijiste a la niña, y sí, la vida se volvió imposible, pero en ese momento, ni se te hubieran ocurrido los caminos que iba a tomar...”

(Regreso a la acción externa del relato o diégesis en 2º grado con un narrador extradiegético en 3ª persona gramatical.)

La mujer ha aminorado el paso, camina lentamente, tiene unas enormes ganas de llorar a solas. Tuerce el camino hacia los linderos del bosque, se interna un poco. Se topa con una roca, no ve bien a través la cortina de llanto y vuelve a tropezar. No puede más y se sienta de golpe sobre la piedra. Se siente avasallada.

Maldice el momento en que se miró. Quiere gritar pero teme que la oigan, así que toma su delantal y lo muerde con fuerza. No logra detener sus sollozos.

(Regreso a la acción externa de la historia o diégesis en 1º grado, como ancla)

–Uy, Simona –dice la escritora mientras camina hasta la cafetera, prepara una carga y presiona el botón de encendido– esto va muy freudiano, es casi un soliloquio de la conciencia en segunda, ¿verdad que sí entiendes? Lo malo es que casi no hay acción externa, aunque aquí ya existe un personaje que decide su versión de la historia, qué bien, ¿no te parece?, creo que voy a dejarla seguir hablando–la mujer presiona la húmeda nariz de la perra como si fuera un botón. Luego regresa a la computadora con una taza de café en la mano, enciende un cigarrillo y deja que se consuma en el cenicero mientras escribe:

(Relato o diégesis en 2º grado, acción interna en analepsis por el recuerdo, narrador en 2ª persona gramatical)

“Aquel día tu hija traía el vestido manchado de sangre y la capa rasgada, un largo rasguño en el brazo y la perplejidad estampada en los ojos; la abuela enmudecida la abrazaba temblando. El hombre que había salvado a tu hija mató a la bestia, como prueba traía la cabeza del lobo dentro de la canasta en la que mandaste los víveres. El cazador sonreía satisfecho. Diste las gracias con la cabeza agachada, no querías verlo. Mientras tomabas de la mano a la niña sentiste su mirada escrutadora una vez más, alcanzaste a percibir el cambio en la voz del hombre cuando te diste la vuelta, se hizo más grave y entre dientes murmuró algo. Alcanzaste a escuchar algo así como: “...parece que tu deuda conmigo sigue creciendo...” Para tu fortuna, en ese momento apareció tu marido y te pidió que entraras en la casa con la niña y la anciana. Él se encargaría de agradecer efusivamente al cazador; lo invitó a pasar y le ofreció una garrafa de la mejor de sus cosechas, esa que había estado guardando para alguna ocasión verdaderamente memorable. Cuando aquel ya estaba un poco borracho, lo acompañó del brazo hasta la puerta de su casa; iban dando tumbos por las calles del pueblo. Tú te quedaste bañando a tu hija, lavaste bien la herida que traía en el brazo y la cubriste con tela limpia. Te había dado tanto miedo que te acostaste al mismo tiempo que ella y la abrazaste. Durante las primeras noches la niña se despertaba llorando a gritos, pero volvía a quedarse dormida. Los sollozos de Caperuza despertaban a sus hermanos, te llevaba un largo rato tranquilizarlos a todos y volver a la cama. En cuanto te acostabas, ya era hora de amamantar otra vez. Poco a poco dejó los

terrores nocturnos; por fin todo volvería a la normalidad. Caperucita olvidó el incidente. En el pueblo dejaron de mirarla con aquel cuchicheo morboso que aplican a los sobrevivientes. La niña fue creciendo hasta alcanzar tu estatura. Es tan similar a ti, los mismos colores, una complexión idéntica a la tuya cuando tenías esa edad. Pronto comenzaría a llamar la atención de los hombres en la aldea. Ya te imaginabas aconsejándola para elegir al mejor partido o de plano, decidiendo por ella.

(Se va generando la necesidad del relato o diégesis en tercer grado, la protagonista de la historia o diégesis en 2º grado recuerda.)

“Sin embargo, poco después del primer sangrado menstrual de Caperucita, el ruido del viento te despertó ya casi de madrugada. Te levantaste atarida, no sabías si habías olvidado atrancar el tablón de la puerta. Cuando ibas a cerrar, viste dibujada la silueta de una joven que caminaba descalza por el sendero, la luna llena alumbraba tan claramente que no te cupo la menor duda, era tu hija mayor. Sin pensar, saliste corriendo detrás de ella. Al darle alcance te percataste de que tenía la mirada fija en el horizonte. Murmuraba cosas que no pudiste entender, algo sobre una aldea a las orillas de los Cárpatos, sobre hombres de ojos verdes que la destruían. La chica temblaba, la abrazaste y entonces sucedió algo que te aterrorizó de veras: un grito terrible salió de su boca, ronco y agudo al tiempo, como si tuviera dos gargantas, como si fuera capaz de aullar... Estuviste a punto de correr hacia tu cama y dejarla sola en mitad del camino. Pero su fragilidad te lo impidió. Después del grito, sentiste cómo poco a poco iba relajándose entre tus brazos, entonces la condujiste a trompicones hasta la casa. Volviste a depositarla en el camastro del rincón. Notaste que la temperatura de su piel seguía tibia, mientras tú tiritabas. Esta vez te aseguraste de que la tranca y el tablón quedaran colocados en su lugar. Todos seguían dormidos. Tu marido estaba en la siembra, tardaría algunos días en volver. Te acostaste, pero durante un largo rato no pudiste volver a perderte en el mundo de los sueños.”

(Regreso a la historia o diégesis en 1º grado para introducir los elementos metaliterarios y la necesidad de la generación de la historia o diégesis en 3º grado; ahora se trata de una acción externa con un narrador heterodiegético en 3ª persona.)

—¡Claro, níguer! —dice la mujer, quien sigue escribiendo entusiasmada, la perra que dormía a su lado se sobresalta ante la voz de su dueña, festejando su

hallazgo en voz alta mientras pulsa las teclas–, la niña debió tener secuelas a partir de una experiencia tan fuerte, sea cuento fantástico o no. Aquí tengo la posibilidad de proponer que la madre sueña con que el lobo habla con su hija y le cuenta sobre una aldea de licántropos y así situar toda la acción en el plano onírico y que no se sepa sino hasta el final si Caperucita se levantó esa noche o todo fue producto de una pesadilla de la madre. O también, negra, si decido emprender la vía fantástica, es decir, a partir de la premisa de que el lobo sí hubiera hablado, es posible plantear que la madre sea partícipe, mientras duerme, de aquello que el animal le contó a la niña, como en comunicación telepática con Caperucita, quien a su vez lo está soñando –continúa la escritora. Tú quisieras hablar ¿verdad Simona? Pero creo que a mí no me conviene, te volverías como mis hijos, me dirías que de perros no sé ni madres y que canto horrible cuando te llevo a dormir –la mujer mira a los mansos ojos de la perra que parece no perder una sola palabra–, no, mejor quédate en el ladrido. ¿Y cómo justifico la transformación? Ah ya sé, a través de la herida en el brazo, ¿qué te parece si decimos que fue producto de una dentellada que la bestia erró cuando quiso comérsela? Así la niña podrá adquirir algunas características de la licantrópía que se le harían evidentes con el desarrollo. No sería difícil explicar que al entrar la saliva del animal en contacto con la sangre de Caperucita, pudieron habersele transferido no sólo rasgos, sino hasta ciertos saberes lupinos, como si fuera rabia –mira a la perra y le rasca la mandíbula, ésta en correspondencia le lame la mano–, ¿sí, verdad? Por eso cada año te pongo tu vacuna, porque siempre me babeas Simona. Pero entonces –la escritora se pregunta en voz alta–, ¿por qué no pululaban los licántropos a pesar de que existiera este tipo de lobos capaces de hablar? Pues porque solían matar a sus víctimas antes de devorarlas, solamente Caperucita y su abuela escaparon con vida. Y como la anciana fue tragada de un solo bocado, salió sin rasguños. –Se responde de inmediato y mira a su canina sombra. Sí. ¿Te parece verosímil? Gracias, negra –la mujer se inclina sobre la perra y le planta un beso en la nariz. Si el animal hablara, le preguntaría quién babea a quién–, bueno, ya basta de apapachos, a ver qué sigue dictando el personaje, escribamos:

(Relato en 2º grado, acción interna desde el recuerdo de la protagonista, narrador en 2ª persona gramatical, sigue el planteamiento de la historia o diégesis de 3º grado.)

“Al día siguiente, tu hija despertó con esa mirada profunda que ahora reconoces y te causa ansiedad, ella no recordaba nada, tú le repetiste lo que había

dicho y te miró como si te hubieras vuelto loca. Preguntaste a sus hermanos y nadie había notado nada extraño la noche anterior. Creíste que lo habías soñado. Por la tarde comenzaste a percibir cierta inquietud en Caperuza, incluso discutió con Adri, no podías creerlo, ambas eran las más cercanas y cómplices de todos tus hijos. Conforme iba haciéndose de noche, la jovencita se puso más nerviosa. A la hora de irse a la cama, dijo algo que no entendiste y salió corriendo por la puerta. No pudiste detenerla, pensaste que volvería de inmediato, pero no fue así. Te tranquilizaste pensando que el pueblo era chico y todos se conocían, seguramente Caperucita aparecería en cualquier momento. Decidiste quedarte esperando frente a la puerta abierta. Ya de madrugada, la viste regresar, traía la ropa arrugada y hojas del bosque en los cabellos destrenzados. Caminaba con paso tranquilo como si viniera de pasear. Saliste furiosa con la tranca en la mano, querías golpear a Caperucita, disciplinarla para que aprendiera de una vez por todas a pedir permiso, si no, qué sería de ella cuando se casara. Cuando te le acercaste gritando, ella te miró como si no te reconociera y se pasó de largo. Levantaste la tranca, pero ella te arrebató el trozo de madera con una sola mano y la lanzó por los aires, giró para encararte, te miró con una fijeza amenazadora, arrugó la nariz y te mostró los dientes con la misma mueca que le habías visto hacer hace años cuando imitaba los gestos fieros del lobo para contarle a sus hermanos cómo la había atacado. No supiste qué hacer. La adolescente entró en silencio y se acostó. Cuando te recobraste y fuiste hasta el jergón, estaba profundamente dormida. Quisiste despertarla pero te dio miedo.

“Buscaste la ropa arrugada y sucia. No la encontraste. Comenzaste a dudar. Por la noche te dedicaste a observar a tu hija, pero se comportó con toda normalidad. Quizá habías soñado todo. No obstante, cuatro semanas después volviste a detectar la mirada atenta y fría en las pupilas de la niña. “

(Introducción del relato o diégesis de 3º grado, lo que convierte al recuerdo de la protagonista en acción externa de esta nueva historia, narrador intradieético en 2ª persona gramatical.)

“Cuando salió la luna, Caperucita se estremeció, se tumbó en el jergón más temprano que de costumbre, dijo que se sentía enferma. Sin su ayuda, la carga con los niños pequeños se hacía mayor, a pesar de Adriana y de la abuela que iba volviéndose más lenta y torpe cada día.

“Unas dos horas después tú también te derrumbaste en el jergón, tu esposo dormía ya. Caíste en un sueño profundo lleno de pesadillas. Veías unas montañas enormes y abajo una aldea de ancianos, ibas acercándote por una brecha robada al bosque. Al llegar te diste cuenta de que no eran canas esos cabellos grises que ostentaba la población entera, en realidad todos los habitantes tenían el cabello y los ojos de un gris acerado en diversas tonalidades.

(Planteamiento del relato o diégesis de 3º grado, la protagonista sueña y desde allí se narra este nuevo relato en acción interna, por eso se mantiene el narrador intradieгético en 2ª persona para dar verosimilitud y continuidad a la historia.)

“Una pareja que se veía más joven, más alta y más fuerte que los demás iba recitando una melopea confusa, cantaban algo en una lengua que no se parecía a nada que tú hubieras escuchado. La gente del pueblo iba tras ellos, cerraban sus casas para dirigirse hacia la montaña como si fuesen a una fiesta. Todos subían con la vista fija en la pareja que guiaba. Inexplicablemente, tú también ibas en la procesión. Al llegar a uno de los claros viste algo que te conmocionó. Todos comenzaron a despojarse de la ropa, lentamente, como si estuvieran encerrados en sus cuartos y nadie los viera. Unos ayudaban a otros amorosamente, se olisqueaban. Luego, con cuidado, hacían hatos y los colgaban de las ramas de los árboles, lejos del suelo. Al irse quitando prenda a prenda, iban repitiendo la misma tonada que habías escuchado antes en los labios de la pareja guía. Supusiste que se trataba de algo terrible porque conforme pasaba el tiempo los oías respirar fuertemente, casi como un jadeo, algunos, los más viejos, dejaban caer la lengua de lado y acezaban mansamente. Horrorizada percibiste que te observaban. Una vieja se acercó sonriendo, parecía querer ayudar a desnudarte, tras la sonrisa te pareció ver unos colmillos desgastados. Quisiste correr, pero las piernas no te obedecieron. La mujer se acercó y comenzó a olisquearte el cuello, pronto se le unió un muchacho, ambos te olían con curiosidad. El joven deshizo el lazo que te cerraba la blusa y comenzó a desatar la cinta que corría por los ojales. No era la ropa que solías usar, se parecía más a la de tu bisabuela. Quisiste impedir que te tocaran, decir que no, pero tu voz no respondía a tu voluntad. Suave, muy suavemente el muchacho deslizó su mano por tus hombros y volvió a aspirar; la vieja desanudó el corpiño, intentaste cubrirte los senos sin lograr moverte. Sentías cómo los dedos del joven te rozaban, no podías oponer resistencia: te estremeciste, toda tu piel se encendió de golpe. Estos debían ser demonios, y tú estabas siendo tentada por ellos.

No, no, no me toquen, quiero mi ropa, no me miren... vade retro satanases, íncubos y súcubos malditos, regresen a sus infiernos... quisiste decir cuando una especie de escalofrío ardiente te recorrió completa, el roce de la nariz helada y húmeda del joven sobre los pezones te sobresaltó.”

(Regresa al relato o diégesis en 2º grado, ahora la protagonista despierta y actúa en acción externa, pero recuerda los sucesos del relato de 3º grado.)

“Lanzaste un gemido de placer y despertaste. El corazón se te azotaba contra las paredes del pecho. Te incorporaste de golpe. Un ronquido entrecortado te hizo saltar y volviste a la realidad. Era tu esposo, que dormía con la boca abierta. Menos mal, en cuanto se acostaba, parecía convertirse en una piedra de molino. Lo miraste llena de culpa, fue un alivio pensar que no se había percatado de tu estremecimiento. Cómo ibas a explicarle que te habías soñado desnuda... que te asustaste muchísimo... y que habías sentido aquello con la cercanía de otro. Quisiste olvidar aquel aleteo de mariposas en el bajo vientre, pero el calor que te subía desde el pubis hasta las orejas volvía una y otra vez...”

(Vuelve a la historia o diégesis en 1º grado, acción externa, narrador heterodiegético en 3ª persona)

–Cómo ves Simona–la perra se acerca y deja que la mujer le rasque entre las orejas. Ya la tengo soñando con la aldea de licántropos que van subiendo a la montaña para realizar su ritual de luna llena. Algo tenían que hacer con la ropa ¿no? Además, el lobo feroz sabía vestirse, porque pudo ponerse el camisón de la abuela. Desvestirse es fácil, a ver, ¿cuánto duras tú con un trapo puesto? –dice la escritora cubriendo a la perra con un suéter largo que colgaba de su silla. Se trata de un juego frecuente entre ellas. La perra se deshace del suéter y vuelve a entregárselo a la mujer, ésta se pone de rodillas y la cubre de nuevo, pero esta vez sostiene los bordes para dificultar la maniobra de la perra, después de varios intentos, el animal logra sacar la cabeza y lame la cara de la mujer.

–Ay negra, si no fuera por ti, me moriría de ansiedad.

Dice, mientras piensa en sí misma:

–¿Por qué habrá salido esto del sexo, negra? ¿Será que ya nos está haciendo falta un novio? Pero ya viste el último... –acaricia a la perra que no tarda en girarse para mostrarle la panza con las patas dobladas, inerme, entregada, totalmente indefensa, a cambio de que la mujer pase su mano por los tres pares de tetillas. –Tú

porque eres una perra cuzca, pero yo no soy así tan fácil. ¿O sí? Bueno, a veces siento que hasta en eso nos parecemos.

(Historia o diégesis en 1º grado, acción interna, analepsis y reflexión en el desarrollo del conflicto.)

La mujer se incorpora pensativa:

“No, el deseo no desaparece nunca. Los que se van haciendo menos son los deseantes. Claro, no falta un roto... Pero de pronto una cae en sus propias trampas. ¿Cómo diferenciar el deseo de compañía del deseo de piel o la necesidad de sentirse viva? ¿Será que una nunca deja de esperar al caballero andante? ¿Y ellos? ¿Qué quieren ellos? ¿Sólo sexo? No lo creo, quieren sexo y algo más. Quieren ser escuchados y admirados también. Algunos terminan siendo buenos amigos; pero también existen aquellos que hubiera sido mejor no topártelos nunca: los resentidos, esos te quieren y te odian al mismo tiempo, además te echan la culpa de todo lo que no son capaces de hacer. Qué horror, yo ya no estoy para esas pasiones.” Siente un escalofrío, se enfunda en el suéter con el que estuvo jugando con Simona. “No, mejor cuelgo el calzón y ya... Soy independiente, dueña de mi ser y de mi hacer, tengo a mis amigas, y a Simona... Pero no es lo mismo” –deja escapar un profundo suspiro de angustia. Acaba de venirle en hilera los recuerdos de sus rupturas, sobre todo la última.

(Regreso a la acción externa)

La perra se sienta frente a ella, la olisquea con curiosidad, como si quisiera saber qué está pensando su dueña, mueve la cola y ladra; hasta que termina por rescatarla de los recuerdos. La mujer le sonríe y vuelve a su trabajo:

–Vente, vamos a seguirle, estamos por entrar en la siguiente historia ¿no te da emoción? –le dice a la perra mientras ambas regresan a sus sitios frente a la computadora:

(Relato o diégesis de 2º grado, narrador intradieético en 2ª persona, la protagonista actúa, recuerda y reflexiona, se liga la historia o diégesis de 3º grado con la de 2º grado)

“Temblabas, durante el sueño la piel te traicionó, pero lo que más te atemorizaba era que el roce del lobo te había gustado. Sentías que era peligroso volver a dormir. Estabas segura de que algún demonio debía estar detrás de ese sueño, de seguro El Demonio De La Carne. Un incubo que venía para perderte. Habías oído hablar de esos demonios que se les aparecían a las mujeres entre

sueños y las poseían para engendrar hijos. También te habían dicho que la única forma de sacarlos era mediante el flagelo o la hoguera y tú no querías enfrentarte a ninguno de los dos remedios. Te pusiste a rezar y tu propia voz se convirtió en arrullo. Ya en la duermevela, pensaste en tu hija, tuviste la tentación de acercarte y ver si Caperucita dormía en su rincón, pero antes de terminar el pensamiento, ya habías regresado a la montaña.”

(Historia o diégesis de 3º grado, se desarrolla el conflicto y se crea la necesidad de la explicación del origen del conflicto.)

“Allí estabas, a tu alrededor iba toda la gente de la aldea, tus avemarías se habían convertido en la misma cantinela de los demás, te flanqueaban el joven y la anciana que te quitaron la ropa, los niños corrían desnudos. De pronto cruzó frente a ti una jovencita que te resultó conocida, ella te miró unos segundos como queriendo encontrar algo familiar. Viste sus largas piernas, una cintura fina y unos senos pequeños que empezaban a despuntar, comenzaba a ser mujer, pero seguía jugando como niña y al instante continuó con su carrera. Era Caperucita, estaba allí ella también. ¿Qué hacía la Caperuza en tu sueño? Te preocupaste. Aparentemente, no te reconoció.

“Poco a poco, conforme subía la luna, la fórmula que rezabas comenzó a tener sentido: Vars, set, kei, ket,/ yem, bew, yew, yem,/ pet, yew, resh-wet.// ‘Hombre, mujer, otro más, otra más, desde ahí, en ese lugar, ya están en la casa, en el paraíso, y están gozosos’. Radi, wans, mi, Sent/ Xew’t, Ten, Anubis.// ‘Anubis es el que da toda protección’. Jamás habías oído esa lengua y sin embargo, podías pronunciarla y comprenderla. Al ir repitiendo las frases, tu cuerpo iba aligerándose y una especie de risa iba instalándose en tu garganta. Comenzaste a ver con toda naturalidad que a la gente que te rodeaba le salía pelo en todo el cuerpo. Era como si la luz blanca los vistiera de nuevo con un abrigo gris de piel. Algunos eran más blancos, otros entrecanos, otros más oscuros hasta agotar la gama. La pareja principal lucía un hermoso pelaje gris oscuro y brillante. Todos parecían llevar máscaras de lobos. Lo mismo caminaban erguidos que en cuatro patas, correteaban caracoleando, agitando las elegantes colas. Un latigazo de alegría te recorrió al llegar el enorme círculo de luz al zenit. Tuviste unas irrefrenables ganas de aullar larga, largamente.”

(Regreso a la historia o diégesis de 1º grado en acción externa para hacer el relato metaliterario y plantear desde allí el conflicto de la historia.)

La perra se levanta de su modorra e intenta introducir su cabeza en el hueco que queda entre el codo y el costado de la mujer, como si quisiera leer la pantalla.

–Negra, estoy trabajando, ¿quieres que te abrace?

La perra intenta retroceder pero no puede, la mujer ha dejado de escribir y ha formado un arillo con el brazo. La perra hace ruidos de incomodidad. Le gusta ser acariciada, no que la inmovilicen.

–Quién te entiende, a ver... –dice la mujer–, me interrumpes justo cuando la mamá de Caperucita ya está prácticamente convertida en loba y comienza el rito a Anubis. ¿Te cuento? Estoy pensando en una tercera historia, una que ni el lobo se sepa y que trate del origen de los licántropos, para dar el ejemplo del pasado que se remonta al mito, y también al tiempo circular. Qué crees, el primer licántropo registrado en la historia de la humanidad fue Anubis. Sipi, era negro como tú. No se ponen de acuerdo si era perro o lobo del desierto, pero como se trata de un mito originario de Naret-ef-jent, alias Licópolis, de Lykos ‘lobo’, no Kynis ‘perro’ así que yo creo que era lobo. Y un hombre con cabeza de lobo, es un licántropo por fuerza. No me mires así, ya sé que tú querías que fuera perro y ser nieta de un dios egipcio. Ni modo. Los sonidos del egipcio de los faraones, pertenecen a una lengua muerta que junto al griego dio origen al copto, por un pelo de lobo los pongo en árabe porque eso es lo que se habla ahora en Egipto.

Al decir esto, la mujer comienza a cantar una tonadilla de broma que había oído desde niña y que le recuerda a la Cleopatra de las caricaturas: tu ru rú ru rú tururúrururururú.

–Por fortuna existe el Internet, estuve un buen rato hasta dar con lo que buscaba, una buena página web de egiptología en español, allí aparecen los jeroglíficos y sus equivalentes sonoros en alfabeto latino. Pos sí negra, lo menos que puede hacer una escritora del siglo XXI es fundamentar sus locuras –suspira y sigue tecleando.

(Regreso al relato o diégesis de 3º grado, clímax y desenlace del origen del conflicto.)

“Ya en la cima de la montaña, la pareja guía se irguió altiva y aulló su conjuro:

“–Anubis, padre original, tú que ayudaste a Isis a reunir el cuerpo del gran dios Osiris, tú que le devolviste la vida después de que el malvado Set, el de los ojos verdes como serpientes, lo matara y lo descuartizara.

“Anubis, Osiris, Isis, Set repetías sin reparar en que nunca habías oído semejantes nombres. Pero el ritmo era tan contagioso que te tenía atrapada, habías dejado de pensar para seguir el ritual. De los azotes y los incubos ya ni te acordabas.

“—Oh señor que guardas la puerta del paraíso. Señor de los occidentales, el que está sobre su montaña. Fundador de nuestro pueblo. Tú que juraste proteger la morada de los muertos, que estás en eterna lucha contra los profanadores de la vida eterna. Otórganos tu permiso para salir de caza y ofrecerle nuestro canto, esta noche, a la diosa Isis que aparece plena en el firmamento. Somos sus súbditos, hijos de la noche, hijos de la luna llena...

*“Al término de la frase lanzaron un aullido largo y agudo que te sonó a viento desatado. En ese instante, una gran nube cubrió el resplandor lunar. Por unos segundos el universo entero enmudeció. Era un mal presagio. Los nimbos se movieron y se rasgaron formando una cabeza triangular con dos largos agujeros como gigantescos ojos de cobra. Sin acobardarse, la pareja guía profirió nuevos aullidos, esta vez más roncós como respondiendo a una provocación, poco a poco los demás, incluso tú misma acompañaste el canto de guerra y al cabo de unos minutos el cielo se hallaba despejado de nuevo. Comprendiste que aquellos eran los ojos de Set retando a la manada. Set era la envidia, el mal de mirada verde serpiente, el proscrito, el dios del resentimiento. Sentiste indignación y rabia al mismo tiempo. Viste cómo respondió la comunidad entera con el ceño fruncido, las orejas alerta y el pelaje erizado. Cuando la luna volvió a brillar todos comenzaron a correr tras el balido de la cabra que, como de costumbre, habían dejado libre desde la noche anterior. Poco tardó la pareja guía en encontrar la presa. Tú emprendiste la carrera detrás de ellos, como todo el mundo, tú le hincaste los colmillos, el olor de su sangre deliciosa te colmó las fosas nasales, se te empapó el pelaje del cuello, bebiste y mordiste la carne tierna y cruda hasta hartarte, luego aullaste y corriste libre la noche entera. **(cierre del relato o diégesis de explicación del conflicto.)***

(Regreso al relato o diégesis en 2º grado en 2ª persona gramatical, acción externa de ese relato, puesto que la protagonista despierta y se desliza hacia una pausa reflexiva en acción interna donde propone el centro del conflicto de la historia.)

“Despertaste en tu cama, estabas de buen humor, casi optimista, como antes, cuando eras niña y salías a correr con los perros por todo el pueblo. Te levantaste

cantando la melopea soñada. No recordaste lo que pasó en tu sueño sino hasta que viste a tu hija de pie frente a ti, con esa mirada inquieta, parecía querer preguntarte algo, pero no se atrevía. Sentiste como si una vaina de chícharos reventara dentro de tu cabeza, desviaste la vista y poco a poco regresaron las imágenes a tu memoria. Sin entender por qué pensaste en la historia que les contaba el párroco sobre Caín. Dios parecía no hacerle el mismo caso que al hermano y se sintió insignificante, él quería la atención que el Creador le dispensaba a Abel, entonces para acaparar la mirada del Señor, simplemente tomó una quijada de burro y a golpes quitó de en medio a su rival. Te preguntaste si Set sería el mismo con otro nombre. <<El mal de mirada verde>>, concluiste. Pensaste en el cazador y sentiste un escalofrío. Sin querer seguiste el hilo del pensamiento: <<Las criaturas en mi sueño eran mitad lobos y mitad humanos, pero allí no había maldad, no, sino en la serpiente...>> Rememoraste el placer de hincarle el diente a la cabra y el sabor de la sangre tibia. <<El mal está en desear lo que es de otros, pero más aún, en dañar a otro para quitarle lo que uno desea...>> <<Tonta,>> te recriminaste, <<qué tanto estar pensando en una pesadilla. Un lobo quiso comerse a Caperuza. Él es el mal y ya. No sé por qué siento hoy que el hombre es más peligroso y más perverso que el lobo...>> Te inquietaste por haber tenido un pensamiento tan atrevido. <<Si sigo así de veras voy a terminar poseída...>>

“No te habían enseñado a interrogarte sobre el bien y el mal, así en abstracto. Te convenciste de que al recordar tu sueño y preguntarte sobre el mal, estabas poniendo en riesgo tu integridad. Corrían tiempos de herejías y sabías que la inquisición buscaba cátaros y brujas que tuvieran comercio carnal con los demonios. Alguien llegó al pueblo contando que hace un año se habían encontrado brujas en Montaillou, que allí se hicieron varios autos de fe. Te preguntaste si podían haberte poseído los demonios por medio del sueño. Así que mientras hacías tus labores de la mañana ibas rezando para espantar malos pensamientos.”

(Regreso a la historia o diégesis en 1º grado, con un narrador heterodiegético en 3ª persona en acción externa para anclar la historia del conflicto y explicar metaliterariamente.)

–¿Ves negra?, Simone, ¿dónde estás? –habla la mujer estirándose. La perra hacía rato que se había ido de su lado, pero ella estaba tan metida en el cuento, oyendo y mirando a la personaja en plena montaña, que no se dio cuenta de los movimientos de su mascota. Escribir siempre había tenido un efecto benéfico para

su estado de ánimo, también había logrado exorcisar el vacío de alma que le pesaba al sentarse frente a la computadora. “Tengo que comer algo –piensa–, si no se me va a hacer un agujero en la panza. Aunque sea un sándwich y una manzana.” Al escuchar el movimiento en la cocina, la perra hace acto de presencia, en espera de que algo le toque. Al verla sentada a la puerta de la cocina, la mujer supone que la perra tiene hambre también, así que deja su bocadillo sobre la barra y sale al patio a servirle croquetas. Entre tanto, la perra monta guardia, salivando frente al sándwich. La mujer la mira con ternura.

–Ven Simone, vamos a comer juntas –y camina hacia el patio–, tú tus croquetas, luego te doy un pan. Adivina qué, ya tengo a la mamá de Caperucita en el clímax de la narración circular. Va y viene del mundo mítico al del sueño y luego a su propia historia. Despierta y hasta hace una pausa donde reflexiona, cortita pues, si la pongo mucho rato a plantear cuestionamientos filosóficos entre el bien y el mal, se me vuelve inverosímil.

(Historia o relato en 2º grado, marca la acción externa con respecto al relato de 3º grado y ancla.)

“Al caer la noche estabas cansada pero querías alejar los sueños. Todos, incluso Caperuza se habían acostado ya y tú querías mantenerte alerta, pero estabas cansada así que te sentaste en el jergón con la espalda recargada contra la pared. Antes de perderte en la inconsciencia pensaste que la luna llena comenzaría a decrecer esa noche.

(Vuelta a la historia o relato en 3º grado, desde el sueño de la protagonista se plantea el clímax y el desenlace y se relaciona con la historia o relato en 2º grado)

“Sí, volviste a la montaña, pero ya la comunidad entera iba cuesta abajo, los encontraste en el claro donde habían dejado sus ropas. Viste cómo iban perdiendo el pelaje terso y volvían a sus carnes blancas de humanos. Todos fueron vistiéndose para regresar a la aldea. Las mujeres hablaban entre ellas mientras ayudaban a sus hijos a vestirse de nuevo. El canto en aquella lengua extraña había cesado. Viste de espaldas a tu hija, llevaba una enagua que te recordó ese vestido que tu abuela atesoraba en un baúl, y que según ella, había pertenecido a su propia bisabuela. Había sido el regalo de bodas que su esposo le trajo al regresar de la guerra santa a la que había ido acompañando a su señor. Decía la anciana que era de lino egipcio y que podía resistir siglos. Caperuza no te vio en ese momento. No obstante, al

llegar al pueblo, ya de día, cuando cada uno iba tomando su camino y tú dabas vueltas sin saber hacia dónde ir, te la topaste cara a cara. Te sonrió y te tomó de la mano para guiarte hasta una casa que de lejos se veía encalada, pero al acercarte te diste cuenta de que estaba hecha con ladrillos de adobe y que estaba revocada de blanco. Tenía ventanas pequeñas, como del tamaño de un pie grande, dejaban entrar un poco de sol y, como contraparte, encajaba otro rectángulo cruzado por unas tablas delgadas de roble oloroso que se abrían y cerraban por un ingenioso mecanismo de tiras de piel atadas a una tabla guía, así que podía correr libremente el aire por la estancia. Tu casa solamente se cerraba con un tablón que sostenías con la tranca. Pasaste a un salón que se iluminaba por dos ojos redondos de alabastro. Las paredes estaban pintadas con colores brillantes. El mobiliario era en extremo cómodo: pegado a una pared había un taburete con un cojín y las sillas hasta disponían de respaldo. Viste unas camas fabricadas con madera, tú sólo tenías un jergón y eso que no eras pobre, eras la esposa del dueño de un viñedo. El hogar estaba al fondo y contaba con un tiro empotrado para que por allí saliera el humo; en tu casita todo se llenaba de tizne y eso la hacía muy oscura. Ésta era una manera de vivir que no se te habría ocurrido. La casa estaba junto a uno de los graneros. Mirabas a tu alrededor asombrada, preguntaste por el mecanismo que cubría las ventanas. Entonces Caperuza habló por fin:

“–Se llaman celosías –te dijo sonriendo–, sirven para controlar el viento y a la luz que hay dentro de la casa. ¿Te gustan? En Luxor eran más grandes, pero aquí hace frío. En invierno las cubrimos con pieles de oveja y la casa mantiene su calor. Ven, vamos a abrir para que salgan los animales que ya llevan dos días enteros encerrados, hay mucho trabajo que hacer, hay que ordeñar, llenar los abrevaderos y los bebederos...

“–Yo sólo me dormí –la interrumpiste recordando lo que habías soñado anteriormente–, ya vámonos a nuestra casa, aunque sea oscura –nunca antes se te habían continuado los sueños–, no quiero estar en este lugar, nos están tentando, nos van a llevar a la hoguera, Caperuza, ya no quiero esta pesadilla. Ya vámonos, necesitamos despertar, tengo miedo. No me gustan, son demonios que se vuelven como lobos, aunque canten sobre paraísos, son lobos...

“Y rompiste en sollozos, la jovencita te abrazó como si ella fuera la madre y estuviera consolando a una niña. Pero no despertaste.

“–No somos demonios –te respondió gravemente–, pertenecemos a una tribu ancestral... Hemos vivido así desde hace milenios. Sí, los hombres son cobardes, por eso querrán llevarnos a la hoguera, pero es sólo un rato, no pueden destruirnos. Siempre volvemos... –se contuvo como temiendo haber cometido una indiscreción. – Ven, vamos a abrir el granero. Nos iremos cuando tengamos que hacerlo –terminó categórica.

*“En ese preciso momento se escuchó un gran barullo. Se oían los gritos de una turba que se acercaba. Un aullido, llantos, luego esas voces de mujeres pidiendo auxilio te taladraron el pecho. Querías despertar, huir pero no podías moverte. Los llantos de los niños, quienes corrían aterrorizados se te metían bajo la piel en un escalofrío doloroso. La jovencita reaccionó y salió de la casa. A través de las ventanas viste pasar a unos hombres armados con palos y herramientas de labranza que arrastraban por los cabellos a la anciana que te había olisqueado, otros llevaban teas encendidas y prendían fuego a las casas que podías ver desde tu escondite. Viste también cómo se defendían los habitantes de la aldea y cómo se transformaban en bestias, en lobos fieros que arremetían contra los atacantes. El humo y el olor a pelo quemado se te atoró en la garganta, no podías respirar. Entre accesos de tos fuiste testigo de la transformación de tu hija en una lobezna de pelaje oscuro que hacía frente al odio de un hombre que la golpeaba y pretendía ensartarla con una horquilla de cultivo. Ella intentaba impedirle el paso hacia la casa. Viste cómo se le lanzaba al cuello y era rechazada, la oíste aullar de dolor, su llanto se volvió herida punzante en tu vientre. Entre lágrimas, humo y polvo la viste emprender la huida hacia la montaña. Sólo en ese momento te diste cuenta de que estabas atrapada en la casa invadida por las llamas. Alcanzaste a ver la mirada verde serpiente del hombre parecido al cazador que atacó a tu hija... Fue lo último, luego una enorme llamarada te abrasó sin dolor, únicamente sentiste cómo ibas cayendo al vacío y todo quedó negro. Negro y silencioso. **(cierre de la historia o diégesis en 3º grado)***

(Historia o diégesis en 2º grado, la protagonista despierta y actúa)

“Un acceso de tos te despertó. Tenías el cuerpo empapado en sudor. Te dolían todos los músculos. Te incorporaste de golpe, aunque tardaste en reconocer tu casa, el olor del más pequeño de tus hijos que dormía junto a tu pecho, las respiraciones acompasadas del sueño de los otros y los crujidos de la madera te orientaron. Fijaste la vista en la oscuridad, a la luz de las brasas del hogar, lograste atisbar a tu

hija. Allí estaba. Te acercaste hasta ella. Dormía inquieta, estaba ardiendo en fiebre. Pensaste que también se estaba calcinando en sueños, recordaste que cuanto te quemabas en el fogón, aliviabas el ardor con agua fría. Mojaste un trapo y se lo colocaste sobre la frente, le acariciaste los cabellos y suavemente le cantaste la nana de costumbre. El sueño se le hizo calmo. Te recostaste junto a ella y la abrazaste hasta el canto del gallo, como lo habías hecho la noche aquella en que volvió con el cazador-guardabosques-leñador y la cabeza del lobo en la canasta. A la mañana siguiente, no mostraba ni rastros de fiebre. Caperuza se levantó ligera, antes de ponerse en movimiento te tomó la mano y la besó. Sentiste que se estaba cerrando un nuevo lazo entre las dos, como de mujer a mujer, pero a la vez, te asaltó una tristeza profunda. Quizá en ese momento te diste cuenta de que tu hija ya nunca más sería una niña.”

(Regreso a la historia o diégesis en 1º grado, acción externa y explicación metaliteraria, narrador heterodiegético en 3ª persona.)

—A ver Simona, oye esto último... —dice la escritora a la perra que de inmediato se sienta a su izquierda como si estuviera dispuesta a hacer la crítica al texto. Qué te parece, ya cerramos la historia de los egipcios y la de la aldea de licántropos. La mamá de Caperucita ya no va a soñar la montaña, pero todavía nos falta la historia que está viviendo en la acción externa. Ella está recordando todos estos hechos sentada en una piedra en el bosque. Estuvo padre eso de situarle una casa egipcia en el sueño ¿no? Fíjate cómo, cuando las grandes civilizaciones desaparecen, la humanidad da saltos hacia atrás hasta en la calidad de vida. Qué feo ¿verdad? —dice la mujer a una perra que le sigue con la cabeza los movimientos de las manos. —Ya se soñaba la gente de la Edad Media las comodidades de los egipcios dos mil años antes. Actualmente no nos va tan mal, mira, mi laptop está de lujo. ¿Sabías que en el antiguo Egipto la forma más expedita de escalar socialmente era tener la profesión de escriba?

La perra se cansa de aguardar a que la mujer haga algo más interesante que hablarle y se da la vuelta, sale para regresar con su correa entre los dientes, la deposita sobre las piernas de la escritora y se sienta expectante azotando el suelo con la cola. Como la mujer no separa la vista de la pantalla, la perra recupera la correa y golpea la puerta con ella. La mujer reacciona:

—¿Te urge, negra? Bueno, así me muevo un poquito y vamos por cigarros de paso. Nada más espérame tantito, me voy a quitar este vejistorio y me pondré un

suéter decente, yo no tengo un abrigo de piel tan elegante como tú –dice mientras la perra da vueltas a su alrededor. Uy, ya se hizo de noche. Pobre Simona te has de estar orinando. Perdóname, soy una clavada cuando escribo. Perra que no ladra, los dioses no la oyen.

Durante la caminata, la mujer va elucubrando: “y si de ahora en adelante narro la historia en futuro. Cambia el narrador conciencia y se desliza al titiritero, como en Aura de Carlos Fuentes, mi narrador en segunda anticipa el desenlace en cuanto la mujer se levante de la piedra...” La escritora está agotada, pero no se resigna a dejar el cuento sin cerrar. Así que en cuanto regresan, vuelve a teclear:

(Historia o diégesis en 2º grado, acción interna en el recuerdo, narrador intradiegético en 2ª persona gramatical)

“Han pasado algunos días y dejaste de tener pesadillas. Comienzas a atar cabos... La luna llena provoca esos sueños, algún demonio se desata las noches de luna y te posee. Inspeccionas el cielo, vigilas a tu hija y callas. Temes dormir, pero caes rendida. En realidad te preocupa más que alguien se dé cuenta y corra a contarlo, ¿y si te descubren y te llevan presa a algún convento? ¿y si ordenan flagelarte? ¿Y si te queman? Y lo peor ¿si se llevan también a tu hija? Te acabas de ver en el reflejo del agua. Algo ha cambiado. ¿Qué pasará si otros lo notan? La abuela no, está casi ciega, los niños te ven como su madre y ya, con tenerlos ocupados basta, tu esposo ya ni te mira... Pero Caperuza te observa largamente, no dice nada pero sientes sus ojos inquisitivos prendidos a tu silueta. ¿Se sentirá en riesgo también? ¿Y si vuelves a encontrarte con el cazador? Él de seguro notará algo. Sabes que él no se limita a verte, te escudriña. Por eso estás así, tan torpe, tan cansada, por eso se te caen las cosas. Decides que lo mejor es encerrarte en la casa, no caminar por el pueblo. Encerrarte, que nadie se cruce contigo, que nadie te mire a los ojos...”

(Historia o diégesis en 2º grado, acción externa, la protagonista actúa, narrador extradiegético en 3ª persona gramatical)

La madre de Caperucita se endereza, se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. Reúne fuerzas para levantarse. Respira hondo tras haber tomado la decisión. Se pone de pie. No notarán que su ausencia se ha prolongado, saben que va por agua todas las mañanas. “Debo reponerme –se dice–, aunque pase las noches de luna llena en blanco, aunque tengamos que encerrarnos las dos en un arcón, algo se me ocurrirá.” La mujer aprieta el paso al llegar al camino. No está dispuesta a

pasar por el escrutinio de nadie, ni de las chismosas, ni del cura, ni del hombre aquel que le devolvió a su hija. Deja atrás el bosque donde ha enterrado el reflejo de su rostro y sus reflexiones.

(Cierre de la historia o diégesis de 2º grado.)

(Regreso a la historia o diégesis de 1º grado, acción externa, narrador heterodiegético en 3ª persona gramatical para preparar el clímax y el desenlace.)

Tocan el timbre, tres veces, largas. La perra comienza a ladrarle a la molleja metálica.

–Shttt... Simona, cállate, vas a despertar al vecindario entero.

La mujer se talla los ojos y le dice a la perra:

–Quién demonios será... Qué tal que es uno de esos idiotas que andan pintando las paredes, luego tocan un timbre, se suben a sus patinetas y se echan a correr. No hagas caso Simone, igual es para el dos, que no tiene timbre, ya nos lo han hecho varias veces. A ver en dónde me quedé...

Pero los tres timbrazos se repiten, ahora con mayor duración, como si quien tocara estuviera en una emergencia. La perra ladra desesperada.

–Es la una de la mañana, a quién carajos le puedo urgir a estas horas. Si algo malo hubiera sucedido, ya me hubieran marcado, pero con ese escándalo y tus ladridos no puedo seguir escribiendo. Ya cállate. Ven, acompáñame.

La mujer abre la pequeña puerta de su departamento, la perra sale corriendo por todo el pasillo hasta el portón que da a la calle. Ya allí ladra lanzándose contra una de las hojas. La escritora se acerca con lentitud, un tanto extrañada, la perra definitivamente no es agresiva, se pregunta por qué actúa así. Se acerca con cuidado y pregunta al llegar hasta el zaguán:

–¿Quién?

–Soy yo... –entre los ladridos de Simone, logra escuchar una voz conocida.

–Qué quieres, ¿ya viste la hora?

–Quiero hablar contigooo. Que nos tomemos una copa... –dice un hombre tambaleante que recarga la frente sobre la hoja de metal.

–No chingues, estoy trabajando –responde la mujer asomándose por la mirilla– Ya Simona, no ladres, no pasa nada, tranquila, siéntate...

A la perra no le queda más que obedecer, pero está inquieta, se sienta, se levanta, esconde la cola en señal de alerta.

–Ábreme un tantito y ya –insiste el hombre, golpeando la puerta con el puño cerrado.

–No te voy a abrir, no quiero hablar contigo y menos si vienes borracho –le responde la mujer. Ya vete.

Ella da la vuelta e intenta regresar sobre sus pasos. El hombre comienza a patear el cancel, la perra vuelve a ladrar.

–Carajo, entre los dos van a despertar a toda la colonia...

La escritora regresa hacia la puerta, entreabre, el hombre da un traspiés y entra, la perra esconde la cola, se le eriza el lomo y comienza a gruñirle al intruso, le muestra los colmillos y vuelve a ladrar amenazadora. La luz de la luna da de lleno en los ojos inyectados del hombre, tanto rojo apenas deja entrever el verde del iris. La perra abre las patas disponiéndose a saltar sobre él. El borracho se percata y desanda torpemente unos pasos.

–Ya vete, no eres bien recibido en esta casa, no son horas. ¿Ya se te olvidó todo lo que me dijiste? ¿Todo lo que has dicho de mí? Pues a mí no, ni a mi perra. Vete o te echo a la Simona que ya te trae ganas –dice la mujer con un hilo de voz, nunca había visto a la perra tan alterada, no sabe qué es más peligroso, si la irrupción del ex amante o que la perra lo medio mate.

–Me voy, pero como dice Mc Arthur: volveré... Volveré cuando estés vencida y doblugada a mis pies, ahorita me voy porque te crees mucho con tu último libro y tus entrevistas y tu pendeja autonomía, pero ya se te acabará, se te acabará y volveré... –arrastra la lengua el hombre.

–Órale pues, aquí te va a estar esperando Simona... –responde la escritora envalentonada, empujándolo hacia la calle.

En cuanto él sale, la mujer echa doble llave, está temblando. Acaricia a la perra, da la vuelta y se dirige a su casa. Pero la inquietud de Simone la hace pensarlo mejor y decide cerciorarse de que el hombre se ha ido. La mujer se acerca de puntas hasta la mirilla y justo se enfoca en un ojo verde que reptaba intentando ver hacia dentro mientras amenaza entre dientes:

–Algún día voy a matar a esa pinche perra y entonces verás, pendeja...

La mujer se estremece, da un salto hacia atrás con el corazón en redoble. Intenta aguzar el oído. Nada, silencio... Vuelve a mirar. El hombre ha desaparecido. Ella regresa hasta su casa, acaricia a la perra que ha vuelto a ser totalmente mansa. Entran y le lanza un bolillo que la perra pesca en pleno vuelo.

–Gracias, negra preciosa, me salvaste de caer en una de las trampas de la soledad. Qué bueno que te deshiciste de él. En una de esas, acabo pasándome una larga noche soportando a este güey, envidioso, borracho y frustrado. Ahora ya sé por qué doté a los resentidos de ojos verde serpiente. Vente, vamos a seguir porque si no, no voy a terminar estos apuntes a tiempo para entregarlos antes de que termine el curso.

Se inclina a besar a la perra, pero resiente una arcada; respira lentamente hasta controlar el espasmo. Recién entonces se da cuenta de cuánto se asustó. Se le salen las lágrimas de rabia mientras le confía a la perra:

–Este imbécil cree que puede llegar a importunarme a cualquier hora, nada más porque alguna vez estuve enamorada de él. Estaba yo bien pendeja, ¿verdad? ¿En qué estaba pensando? Gracias negra, de veras. Vente, vamos a terminar de una vez, a ver si así me distraigo.

Regresa a la computadora, pero su pensamiento está en otra parte:

Recuerda los celos del hombre, su violencia sutil, la descalificación cotidiana, el sarcasmo... La golpea la imagen del día en que se hizo público el nuevo libro. Esa noche él llegó borracho a la casa, vomitaba envidia; la insultó y hasta la amenazó: gritaba, decía que en este país nomás por ser una pinche vieja que dizque escribe te publican... Pero que ya vería, que él se encargaría de desenmascararlas a todas... También entonces Simona la ayudó a echarlo. En cuanto la perra olió el miedo de su dueña y oyó su tono de voz, se abalanzó contra la puerta para entrar e interponerse entre los dos. Cuando el hombre vio al animal tan cerca, salió maldiciendo. La mujer había borrado ese día de su memoria.

Se le llenan los ojos de lágrimas y le dice a Simona:

–Qué haría yo sin ti, negra... –la perra se acerca, le lame las lágrimas y recuesta la cabeza sobre las piernas de la mujer. Ella se dobla hasta besar la testuz del animal. Después de unos minutos, la escritora respira hondo, se frota la cara con las manos y dice:

–Bueno, ya basta, tengo que terminar, no puedo pasarme la vida así...

No recuerda dónde se quedó, relee el texto y su desazón empieza a ceder tras las letras, la opresión en el pecho comienza aligerarse mientras revisa la puntuación. Se ha vuelto a obrar el milagro: su mundo es el de Caperuza, la madre y el cazador. Al terminar la relectura vuelve a reflexionar en voz alta:

–Oye negra, el cuento quedó enorme. Veamos... Además faltan algunos detalles, ¿ya te diste cuenta que la mamá de Caperucita es la protagonista de nuestros cuentos y no tiene nombre? Yo creo que sería bueno bautizarla, ya se lo merece después de tantas aventuras. Hay que buscarle uno que rime con Caperuza, ya ves que a las mamás les da por heredarles sus nombres a sus hijas y luego los deforman con apodos... A ver, Caperuza... Caperuza... Ah, ya. ¿Qué te parece Carmen Rosa?

–Ya estoy delirando de agotamiento, ¿verdad? ¿Qué horas son? Utamá, las cuatro de la mañana. Con razón. Qué bueno que no hablas ni te ríes de mí, como mis hijos, porque ya te estarías carcajeando. Vente, ya vámonos a dormir –la mujer gruñe de cansancio y decide apagar la computadora.

La escritora se dirige a su recámara pensando atropelladamente cómo resolver las clases de cuento fantástico. Por el momento, se ha olvidado de todo lo demás. Se tiende sobre la colcha y ronca instantáneamente. Con un suspiro, Simona se aovilla a los pies de la cama, está lista para soñarse corriendo por el bosque tras la huella del cazador borracho que acaba de echar de la casa.

(Desenlace de la historia o diégesis de 1º grado.)